Colección:
Estudios y Relaciones Internacionales

Coordinador:
PEDRO A. MARTÍNEZ LILLO

NO fotocopies el libro

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

EL MEDIOAMBIENTE EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES

YOAN MOLINERO GERBEAU

EDITORIAL SINTESIS

Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

© Yoan Molinero Gerbeau

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-135772-4-1

Impreso en España - Printed in Spain

Índice

Prólogo. El mundo como campo de batalla. La larga historia de las crisis climáticas y la naturaleza barata en el sistema westfaliano 9

La centralidad de la crisis climática en las relaciones internacionales 9
El ascenso de la ecología-mundo capitalista 11
La crisis climática y la hegemonía estadounidense 16
Hacia la gestión planetaria y el muro climático global 19

Parte I
El medioambiente en la disciplina de relaciones internacionales

1. Teoría verde 25

1.1. El medioambiente en las relaciones internacionales: de periférico a central 26
1.2. Teoría verde: introduciendo el ecocentrismo como eje para la construcción de unas relaciones internacionales alternativas 28
1.3. Aportes de la teoría verde al estudio de "lo internacional" 30

Prólogo
El mundo como campo de batalla. La larga historia de las crisis climáticas y la naturaleza barata en el sistema westfaliano

Por Jason W. Moore (Universidad de Binghampton)
& Gennaro Avallone (Universidad de Salerno)

La centralidad de la crisis climática en las relaciones internacionales

Pese a haber sido silenciado, obviado o despreciado en los análisis clásicos de relaciones internacionales, tal como demuestra esta obra que tenemos el honor de prologar, no solo no es posible entender la realidad global en su totalidad sin incorporar al medioambiente en nuestros estudios, sino que se trata de una dimensión absolutamente fundamental para comprender los grandes procesos históricos que han conformado el mundo. No pretendemos, en todo caso, realizar un repaso sistemático a este vínculo decisivo, pues estaríamos hablando de una tarea titánica, solo posible a través del esfuerzo colectivo de una creciente parte del mundo de la investigación. Nuestro cometido aquí será menos ambicioso, limitándonos a hacer un sucinto repaso de algunos de los acontecimientos históricos que hemos considerado como más relevantes para la construcción de un breve relato que permita entender los estrechos vínculos existentes entre el medioambiente y la configuración histórico-global del mundo.

Como aclaran todos los libros de texto de relaciones internacionales, el sistema interestatal moderno nació tras la firma del Tratado de Westfalia de 1648. Ello es debido a que este acuerdo puso fin a la realidad medieval que permitía que autoridades superiores –morales o imperiales– gobernaran por encima de los Estados soberanos. Además,

codificó un equilibrio de poder entre los principales Estados, estableció el principio de que "los civiles no eran parte en las disputas entre soberanos" y, quizá lo más revelador, privilegió, tras la lección que supuso la guerra de los Treinta Años, el libre comercio sobre la guerra como principio relacional predominante entre los Estados (Arrighi, 2014). Sin embargo, el rasgo más dramático de esta época apenas viene mencionado en el relato convencional: la existencia de una crisis climática. Desde el punto de vista geopolítico, esta nueva época comenzó con la Paz de Cateau-Cambrésis en 1559 y terminó en Westfalia en 1648, pero, desde el punto de vista climático, el tiempo relativamente cálido entre 1500 y 1560 dio paso a un "largo y frío siglo XVII" (c. 1550-1700) (Le Roy Ladurie y Daux, 2008). Westfalia fue así una expresión histórico-mundial de la crisis climática –una crisis, en el sentido específico de provocar una transición cualitativa de desarrollo dentro del capitalismo como una ecología-mundo de poder, ganancia y vida (Moore, 2020; Navarro y Machado Aróoz, 2020; Patel y Moore, 2017; Molinero Gerbeau *et al.,* 2021a y 2021b).

Este largo y frío siglo XVII fue el periodo más desfavorable y prolongado de la conocida como "Pequeña Edad de Hielo" (1300-1850), un tipo de cambio climático que ya había sucedido con anterioridad viniendo siempre acompañado de disturbios sociales, inestabilidad política y crisis económicas (Moore, 2021a). Un ejemplo manifiesto de ello lo constituye el periodo frío de la Edad Media en Europa occidental y central (450-750) que coincidió con la crisis del occidente romano y su sustitución por un modo de producción de tipo campesino. Unos mil años más tarde, la Pequeña Edad de Hielo detonará las antiguas contradicciones del feudalismo, poniendo en marcha una era de revueltas de clases de la que los estratos dirigentes de Europa jamás se recuperarían. La civilización feudal, como se sabe, no se restauró, pese a persistir algunas relaciones de producción superficialmente feudales. En su lugar, se creó una nueva civilización, una ecología-mundo capitalista, basada en una relación totalmente nueva que puede resumirse como la "ley (en el sentido hegeliano de tendencia) de la naturaleza barata" caracterizada por una acumulación sin fin de capital y una dominación sin fin de la tierra. Hechos que, además de generar una estructura de clases concreta, estarán en todo momento facilitados e impulsados tanto por los Estados como por el sistema internacional, ambos "creadores de medioambiente" (Parenti, 2016). Siguiendo esta visión, es posible así comprender que los Estados y el sistema interestatal moderno no solo son productores, sino también productos, de esta trama de la vida.

La ley de la naturaleza barata definió una nueva época que girará en torno a tres dinámicas estructurales. En primer lugar, desde la década de los setenta del siglo XV, pondrá en marcha una "revolución militar" consistente en aumentar el tamaño de los ejércitos que pasarán a estar más racionalizados y regimentados, lo que, en definitiva, derivará en que sean más caros. Este último punto fue decisivo puesto que el poder mundial dependerá de algo más que del poder militar como tal. Más bien, se sustentará sobre una peculiar alquimia basada en la capacidad de convertir el oro en armas. De

este modo, el aumento vertiginoso de los costes de la guerra después de la década de los setenta del siglo XV obligará a los Estados a establecer una nueva relación de dependencia financiera. Ahí entra en juego la segunda dinámica novedosa. Como descubrieron los Reyes Católicos, la eficacia de la guerra pasará entonces a depender de una nueva relación de intercambio político entre las nuevas maquinarias estatales y los banqueros (Arrighi, 2014; Patel y Moore, 2017; Moore, 2010a). Y, por último, en tercer lugar, la perspectiva de la Guerra Santa de las Cruzadas pasará a transformarse en algo muy diferente. El mundo emergente ahora reposará sobre una estrategia de "civilizar al salvaje", que más tarde cristalizará en la cosmovisión cartesiana-lockiana que acompañará al momento westfaliano, y cuya forma incipiente fue lo que Betancor (2017) denominó "instrumentalismo metafísico".

Así pues, queda clara una interrelación estructural en la que cada dinámica implicaba y necesitaba a las otras. De esta manera, la era de Westfalia se caracterizó por una revolución militar sin precedentes a través de la cual las armadas crecieron exponencialmente, lo que aumentó la capacidad de abrir continuamente nuevas fronteras de mercancías incorporando nuevos territorios y poblaciones a la incipiente lógica capitalista global. Por su parte, la nueva revolución financiera aumentó la proyección global del poder militar en aras de asegurar una acumulación de capital sin fin. Un hecho que no habría sido posible sin, a la par, llevar a cabo una revolución intelectual y cultural sin precedentes, la denominada "racionalidad lockiana-cartesiana" que legitimará la gestión planetaria en pos de una supuesta "mejora" global tras el nuevo proyecto civilizador (Moore, 2021b). Esta trinidad histórico-mundial de acumulación militarizada, hegemonía financiera y proyecto civilizador sentará así las bases, hacia 1648, para el inicio de una nueva era del capitalismo impulsada por la revolución de las plantaciones en América y la protoindustrialización en Europa occidental y central.

El ascenso de la ecología-mundo capitalista

La ecología-mundo capitalista nace como una civilización alteradora del clima, pero su gestación también es fruto de una crisis climática anterior: los albores de la Pequeña Edad de Hielo. Este aspecto, de decisiva importancia, sin embargo, suele pasar desapercibido para la mayoría de los historiadores e internacionalistas que, salvo pocas excepciones, han tendido a entender la crisis del feudalismo –al igual que el asentamiento de Westfalia– al margen de la historia del clima.

Es relevante subrayar que la crisis feudal fue –como la crisis epocal del capitalismo contemporáneo– más que un proceso social, al producirse por una "coyuntura sociofísica" (Wallerstein, 2016). Es posible afirmar en este sentido que la crisis epocal del feudalismo se activó con la llegada de la Pequeña Edad de Hielo, que a su vez

estuvo probablemente precipitada por la erupción volcánica de Samalas (Indonesia) en 1257.

Sus primeros signos de existencia empezaron a notarse ya en 1315, cuando las cosechas experimentaron dificultades para madurar. La hambruna, un fenómeno desconocido durante la Alta Edad Media gracias al clima templado del Periodo Cálido Medieval, volvió con fuerza. Las tensiones de clase, que estaban en ebullición, se vieron exacerbadas por ello, así como por la espantosa mortandad en las ciudades, a lo que cabe sumar el hecho de que el ganado –una fuerza productiva crucial– fue también diezmado por una epidemia de peste bovina.

Lo más significativo de este periodo es que la coyuntura agroclimática puso fin a un largo periodo de paz social (Moore, 2003a). Durante los siguientes 150 años, iniciados por la revuelta de los campesinos flamencos (1323-58), la Europa medieval se caracterizará por una guerra de clases generalizada entre los señores y los campesinos (Wallerstein, 2016). Las dramáticas revueltas de masas en Francia (1358) e Inglaterra (1351), así como las rebeliones campesinas y obreras, infligieron a las clases dominantes europeas –y a la civilización feudal– una derrota histórica. Como respuesta a estos procesos, las clases dominantes trataron de ganar en el campo de batalla externo lo que habían perdido en la lucha de clases interna: Inglaterra intentó conquistar Francia, Castilla trató de someter a Portugal, Francia invadió Italia, y Venecia trató de expulsar a Génova del Mediterráneo oriental. Sea cual fuera el resultado específico de estas contiendas, el sistema feudal de relaciones internacionales terminó por romperse irremediablemente. Las guerras no lograron restablecer las condiciones para iniciar una nueva acumulación feudal. Sin duda, esta lección llevó a los reyes y emperadores posteriores –siendo Carlos V el más famoso– a tratar de resolver la crisis mediante el intento de crear un imperio mundial siguiendo el modelo de Carlomagno. Pero fue en vano. La balanza del poder de clase, militar y geopolítico estaba demasiado equilibrada –y las condiciones del cambio climático y la agricultura demasiado desfavorables– para permitir la restauración feudal.

En el contexto de este fracaso se enmarca el ascenso del capitalismo y su sistema interestatal que, paradójicamente, se produjo en condiciones climáticas muy similares a las que activaron la crisis epocal del feudalismo. La historia sobre cómo y por qué ocurrió esto es compleja, pero se pueden señalar dos estrategias facilitadoras cruciales. Una giró, como se ha visto, en torno a una nueva relación de intercambio político, a través de la cual las nuevas maquinarias estatales pasaron a depender estructuralmente del capital financiero, lo que dio pie a una dinámica de competencia geopolítica y geoeconómica que contribuyó directamente a impulsar las conquistas mundiales después de 1492. La segunda estrategia consistió en la creación de la naturaleza barata como un proyecto transformador que convirtió las tramas de la vida en oportunidades de lucro mediante el despliegue de un poder político e ideológico que definió, gobernó y utilizó el llamado "medioambiente" como un conjunto de objetos a disposición de las fuerzas políticas y

económicas dominantes. Así, la naturaleza y la vida pasaron a considerarse como un conjunto de "cosas" disponibles para ser sometidas a las necesidades tanto de la acumulación de riqueza como del poder territorial. Veamos a continuación algunos hechos que revelan cómo fue su plasmación directa sobre el mundo material.

En primer lugar, en los márgenes de la civilización feudal había Estados cruzados relativamente centralizados que incorporaron a los señores a un modo de vida imperial. Hablamos, por supuesto, de Portugal y de "España" (teniendo en cuenta que esta aún no podía ser denominada como tal). La Reconquista de Castilla se detuvo en 1351, pero revivió en 1482, esta vez sobre una base muy diferente. Para ello, Fernando el Católico construyó un ejército de "pólvora", disponiendo de su propio cuerpo de artillería (que era muy caro). Esta transformación fue financiada con préstamos de genoveses y otros banqueros, revelando una relación entre el capital financiero y el imperio moderno que llegaría a definir los sucesivos órdenes geopolíticos del capitalismo y sus revoluciones militares. El estatus de superpotencia que terminó por adquirir la incipiente España se basó, a partir de entonces, en la capacidad de pedir préstamos, transformando así los ingresos fiscales y el saqueo en capital. A través de esta alquimia geopolítica, los incipientes Estados se vieron a la par capacitados y obligados a buscar nuevas oportunidades de obtener ganancias, pues al miedo a dejar de pagar los préstamos necesarios para mantener su poder se unió el temor hacia una posible derrota en la competitiva lucha geopolítica mundial.

Al mismo tiempo, el equilibrio de poder militar-tecnológico dentro de Europa era suficiente como para impedir que cualquier Estado internalizara los necesarios recursos financieros y, por tanto, escapara a la dependencia del capital en el intercambio político. La bancarrota de Felipe II en 1557 –convirtiendo los préstamos a corto plazo en valores gubernamentales a medio plazo (los denominados "juros")– dejó bien claro que la deuda soberana podía ser reprogramada pero no cancelada. Esa quiebra, en todo caso, no constituyó un hecho aislado, pues no solo formalizó el agotamiento fiscal de España, sino también de la Francia de Valois, dando pie a la primera gran crisis financiera del capitalismo en 1557 y conduciendo directamente a la paz (temporal) de Cateau-Cambrésis en 1559. Curiosamente, estos hechos revelan una de esas coyunturas fortuitas pero que conforman el mundo, pues en ese mismo momento, las condiciones relativamente cálidas de entre 1500 y 1560 dieron paso a un dramático enfriamiento climático.

Así, no será hasta 1560 cuando la expansión europea dé un giro decisivo hacia un régimen productivista en una transición que fue generada por los antagonismos presentes en el intercambio político. El matrimonio entre el poder y el dinero mundial alimentó las interminables guerras de principios del siglo XVI, produciendo la fatídica coyuntura que a mediados de siglo derivará en una crisis financiera y en un agotamiento fiscal. Sin embargo, en esta ocasión la situación no pudo resolverse como en el pasado. La posibilidad de endeudamiento del Estado estaba determinada, a medio plazo, por su capacidad para producir las condiciones de un "buen entorno empresarial", lo que requería

la movilización del poder territorial para apropiarse del trabajo no remunerado de "las mujeres, la naturaleza y las colonias" (Mies, 1986: 77). En otras palabras, la resolución de la crisis de mediados del siglo XVI requería un "gran salto adelante" en la mercantilización y proletarización de todo el sistema que solo podía realizarse a través de otra expansión igualmente dramática: la de las fuentes de trabajo no remunerado realizado por los humanos y el resto de la naturaleza.

Con el fin de legitimar este proyecto, se requirió una definición concreta del medioambiente en clave civilizatoria que permitiera su apropiación a bajo coste. La ideología cartesiana, que acompañará a la ecología-mundo capitalista desde sus orígenes, se pondrá entonces en marcha con la conquista de esa parte del mundo que luego se llamaría América. En otras palabras, el llamado medioambiente ha sido manejado en las relaciones internacionales desde los orígenes de la ecología-mundo capitalista en 1492 como un conjunto de recursos para construir imperios y, de hecho, ha constituido una apuesta fundamental para definir las relaciones de fuerza entre los Estados, determinando de esta forma la geopolítica de cada fase histórica del mundo.

En ello consistió la estrategia de la naturaleza barata, absolutamente dependiente de las formas en que los imperios organizaron el aparato científico, ideológico y militar de la expansión colonial (Moore, 2017, 2018). Y es que solo esta dinámica de acumulación por apropiación podía asegurar y movilizar las naturalezas baratas –sobre todo las denominadas "cuatro baratas", es decir, la mano de obra, los alimentos, la energía y las materias primas– necesarias para pagar a los banqueros, ampliar la tasa de ganancia en las empresas coloniales y contrarrestar la tendencia a la sobreacumulación. El resultado fue una revolución ambiental sin precedentes en cuanto a escala, alcance y velocidad. A nivel superficial, se expresó concretamente en una revolución del paisaje, pero su contenido real aunó una audaz revolución en la re/producción, el gobierno y la formación de clases, con formas novedosas y violentas de proletarización a través del Atlántico, incluyendo la esclavitud moderna y otras formas de trabajo racializado.

Todos estos movimientos en la frontera de las mercancías fueron posibles gracias a los imperios, y podría decirse que estos proporcionaron el escaso margen existente para la supervivencia del primer capitalismo que, no debe olvidarse, tuvo lugar en medio de unas condiciones climáticas muy similares a la larga crisis del feudalismo del siglo XIV. Una muestra representativa, aunque no exhaustiva, de los principales momentos ambientales de la época incluiría:

1. La revolución azucarera de Brasil, que a partir de 1570 desplazó a Santo Tomé como principal productor.
2. La dramática reestructuración de Potosí a partir de 1571, que desplazará definitivamente el eje de la minería capitalista de la plata de Europa Central a Perú.

3. La rápida sucesión de fronteras de productos forestales apropiadas desde Noruega hasta Polonia y el noreste del Báltico, que comenzó –de nuevo– en la década de los setenta del siglo XVI.
4. Las agresivas ampliaciones de la agricultura cerealista del Vístula (y su consiguiente deforestación) después de 1550, que proporcionaron una cobertura indispensable contra la inseguridad alimentaria en el capitalismo holandés.
5. El surgimiento del "Potosí del Norte", la Stora Kopparberg sueca, que enviaba cobre (el litio del siglo XVII) a los plantadores de azúcar, fabricantes de armas y artesanos del otro lado del Atlántico.
6. El traslado de la construcción naval ibérica a América, donde lugares como Salvador de Bahía y La Habana contarían con importantes astilleros a principios del siglo XVII.
7. La notable expansión de las flotas pesqueras en el Atlántico Norte, que marcó un momento clave de la "Gran Caza" (Richards, 2006).
8. La revolución azucarera en el Caribe, que primero llegó a Barbados, pero que después se extendió rápidamente a Jamaica y, desde ahí, a las islas francesas de Martinica y Saint Domingue (Moore, 2010b, 2010c).

Si el cambio climático de la década de los sesenta del siglo XVI se debió exclusivamente a factores naturales –reforzados en 1600 por la erupción del volcán Huaynaputina de Perú–, a finales de siglo será un cambio capitalogénico (es decir "producido por el capital", un término interpretativamente superior al concepto burgués de "antropogénico", referente a "producido por el hombre") el que modifique el clima. Fue así durante el largo y frío siglo XVII cuando el capitalismo se convirtió en una fuerza geobiológica, produciendo un Antropoceno estrictamente geológico y, sobre todo, dando pie al inicio del Capitaloceno geohistórico: una era en la que la burguesía imperialista se convirtió en una fuerza planetaria. En este sentido, las invasiones colombinas que comenzaron en 1492 marcaron un hito geobiológico en dos sentidos principales. Uno consistió en la creación de una Pangea capitalista 175 millones de años después de que el supercontinente se separara y cuyo efecto más notable fue el denominado "pico de Orbis", que en 1610 provocó una dramática reducción del CO_2 atmosférico como resultado directo del genocidio de las poblaciones originarias en América. Y es que, el asesinato de millones de habitantes en el continente americano no solo redujo masivamente las emisiones de CO_2, sino que además dejó numerosos espacios libres para que la naturaleza se reprodujera y absorbiera una mayor cantidad de este a nivel mundial (Koch *et al.*, 2019). Todo ello, unido a la esclavitud y otras estrategias de la naturaleza barata, produjo una significativa caída de la temperatura mundial en 1610 (Lewis y Maslin, 2015). Así, de manera significativa, los impactos del pico de Orbis agravaron el declive climático de Europa mientras la formación de una Pangea capitalista puso a disposición de las máquinas de guerra imperiales y de sus banqueros tanto el trabajo como la energía potencial de dos continentes, lo que, por otra parte, dará

pie a la creación de nuevas burguesías coloniales (de plantadores, comerciantes, mineros, ganaderos, etc.).

El segundo punto de inflexión siguió al primero. No se podían obtener ganancias en las Américas sin mano de obra barata. La vorágine de la conquista imperial y la formación de clases coloniales exigían un incesante sacrificio humano (a ello contribuyó el hecho de que los pueblos indígenas fueran considerados como parte de la naturaleza). Los microbios no mataron al 95% de la población del Nuevo Mundo; la esclavitud sí (Cameron *et al.,* 2016). Estamos hablando, no debe olvidarse, de estrategias políticamente inducidas, no de meras lógicas incorpóreas de la acumulación de capital. Estos procesos se habilitaron deliberadamente y solo fueron posibles gracias al naciente sistema interestatal.

Después de Westfalia, las relaciones entre el cambio climático, las recurrentes oleadas imperialistas orientadas a asegurar las naturalezas baratas y la hegemonía mundial variaron notablemente, pero la estructura básica se mantuvo. Después de la guerra de los Treinta Años, la siguiente guerra en la que se vio envuelta Europa fue la Revolución Francesa, cuyo inicio estuvo influenciado por el último gran tramo frío de la Pequeña Edad de Hielo (1783-1820), una época de estancamiento agrícola, revueltas populares, inestabilidad política y de clima desfavorable. El fin de este turbulento periodo se producirá en 1815, con la Paz de Viena, que consolidará las reglas de reproducción de Westfalia para el sistema interestatal.

La crisis climática y la hegemonía estadounidense

El progresivo desvanecimiento de la Pequeña Edad de Hielo a mediados de siglo terminó por eliminar todo rastro de historia climática en los estudios de las relaciones internacionales, pese a que, por supuesto, la centralidad de la naturaleza barata permaneciera en algunos escritos, notablemente en los de Rosa Luxemburgo. Esto no será casualidad, pues esta autora escribirá su obra en un momento en el que tendrá lugar un cambio trascendental en la subordinación mundial de la vida planetaria al sistema capitalista: el desarrollo de la agroindustrialización estadounidense, clave para el inicio de un periodo de inflexión en la historia climática capitalogénica. Resumiendo una amplia literatura, Brooke observó que "en 1900, la suma de las emisiones agrícolas e industriales del siglo XIX empezaba a tener un impacto leve pero perceptible en los gases de efecto invernadero de la atmósfera (…) unos pequeños cambios que forzarán alteraciones en el clima global" (Brooke, 2014: 482-484). El impulso hacia otra guerra de los Treinta Años (1914-45) amplificará, como sabemos, la tendencia hacia la carbonización capitalógena, hecho que se vio reforzado por los acuerdos internacionales de la posguerra (incluida la descolonización), que garantizaron que todos los Estados quedaran atrapados en la rueda de molino del desarrollo de los combustibles fósiles.

Pese a ser decisivas para entender la historia medioambiental de nuestro planeta, estas cuestiones han quedado prácticamente ausentes en los debates actuales sobre el Antropoceno que obvian los elementos constitutivos de las relaciones internacionales modernas y su dialéctica cambiante de geopoder, vida planetaria y acumulación mundial (McNeill y Engelke, 2016). Curiosamente, incluso los estudiosos críticos de las relaciones internacionales ignoran uno de los argumentos fundamentales del Capitaloceno: no sólo el imperialismo ha sido una dinámica creadora de medioambiente, sino que es el sistema interestatal moderno el que posibilita, a largo plazo, las relaciones ecocidas entre la clase, la acumulación de capital y la gestión planetaria. Por esta razón, la conversación sobre la ecología-mundo insiste en las íntimas conexiones entre el poder, el dinero y la naturaleza mundiales, destacando que el llamado medioambiente ha sido gestionado en las relaciones internacionales desde los orígenes del mundo capitalista como un conjunto de recursos que permitieran construir imperios y garantizar la acumulación capitalista.

El reto fundamental de la hegemonía estadounidense era esencialmente este: ¿cómo revivir y sostener el capitalismo en una época marcada por la descolonización mundial y el creciente desafío socialista? El fin del imperio formal no se produciría de la noche a la mañana, pero en 1945 ya estaba escrito. Cuando se crearon las Naciones Unidas, estas tenían 51 miembros, mientras que ya en 1965 ese número había aumentado a 117, perteneciendo la gran mayoría de las nuevas incorporaciones al llamado "mundo en vías de desarrollo". Esto supondrá una oportunidad –y un reto– sin precedentes para la potencia hegemónica estadounidense, que desarrolló su plan en dos etapas.

La primera de estas consistió en la enunciación de la Doctrina Truman (1947), que garantizó el apoyo militar de Estados Unidos a los dictadores y a los imperios europeos tambaleantes (como, por ejemplo, el de Francia en Indochina). La segunda supuso la articulación del desarrollismo como plan para el mundo descolonizado, una iniciativa anticomunista que prometía la extensión de los universalismos estadounidenses de libertad y democracia a cambio de la adopción del modelo capitalista. El peligro que esta iniciativa perseguía evitar radicaba en que el acceso de las excolonias a la soberanía formal pudiera transformarse en una soberanía real, pudiendo los nuevos Estados caer del lado soviético en plena Guerra Fría. En este sentido, la Unión Soviética (URSS) había dado un mal ejemplo. No porque fuera socialista, sino porque el propio modelo soviético también se basaba en el entusiasmo por el fordismo americano y las posibilidades que ofrecía para un desarrollo nacional independiente de los centros imperialistas.

Para los planificadores estadounidenses, la amenaza quedaba clara. El desarrollo nacionalista en todo el Sur –tanto el socialista de Estado como el nacionalista burgués– amenazaba con consumir las naturalezas baratas anteriormente monopolizadas por los viejos imperios. El monopolio, que ya había sido desafiado de manera espectacular por las revoluciones mexicana y rusa a principios de siglo, no podía permitirse más traspiés. Así, después de 1945, Estados Unidos tuvo que forjar un régimen ecológico-mundial

que garantizara el acceso hegemónico a las materias primas "estratégicas y críticas", asegurando, al mismo tiempo, el control del petróleo y de otras naturalezas baratas necesarias para disciplinar a los potenciales rivales (International Development Advisory Board, 1951).

Vigilar el acceso a la naturaleza barata era fundamental para el hegemón, que se enfrentaba a un doble desafío. Por un lado, debía reconstruirse Europa Occidental y Japón mientras que, por el otro, había que descolonizar, a la par que disciplinar, al tercer mundo, para que no adoptara políticas económicas independientes de Washington. En la práctica, eso significaba que el desarrollo pasaría por una fuerte desigualdad de clases, de modo que las fuerzas productivas y extractivas pudieran avanzar (hasta cierto punto) sin implicar por ello un aumento correspondiente del consumo. En 1973, las economías latinoamericanas no se encontraban más cerca de la estadounidense que en 1950, mientras que África, por su parte, se había quedado más rezagada (Fondo Monetario Internacional, 2000: 160). La industrialización del tercer mundo, sin embargo, se había puesto al día, duplicando su participación en la producción manufacturera mundial durante este periodo, si bien esta quedaba concentrada de forma abrumadora en solo ocho "países de reciente industrialización" (Bairoch, 1982: 303). Como el proyecto de desarrollo liderado por Estados Unidos favorecía a las ciudades sobre el campo, empobreció y destruyó a los campesinos, al tiempo que los conectó con los movimientos radicales de base urbana por el socialismo y la liberación nacional (Petras, 1978).

La cuestión agraria en la *pax americana* era, por tanto, vulnerable. Las alianzas obrero-campesinas bajo la bandera del socialismo amenazaban con aplicar políticas de desarrollo relativamente igualitarias, algo así como un fordismo con características socialistas, que no dejaba de ser otra vía al desarrollo. Esto, unido al peligro geopolítico de la revolución agrícola china, sentará las bases para la invención de la "revolución verde" (véase el capítulo 9 de esta obra). Y es que los elementos constitutivos de la revolución agraria "roja" de China generaron importantes avances en la productividad mostrando que la expropiación a los terratenientes podía ser rentable y generar grandes mejoras en el bienestar de los campesinos, unos hechos que, por ejemplo, resultaron atractivos para el primer ministro indio Nehru (Perkins, 1998; Frankel, 2009).

Para los estadistas estadounidenses de la Guerra Fría, el contexto era alarmante. Una cosa era que unos pocos millones de cubanos desafiaran al imperio y otra muy distinta era que lo hicieran 500 millones de indios. Así, para revertir esta deriva, a principios de la década de 1960 se lanzó la "revolución verde", un modelo de semillas híbridas y petroagricultura incubado en Estados Unidos y testado en México que fue desplegado contra el "comunismo" en todo el sur de Asia para acabar con el hambre y "la amenaza roja" a la vez.

La puesta en marcha de la revolución verde supuso un momento fundamental para la ecología-mundo (Perkins, 1998) pues impuso el régimen alimentario estadounidense generando una dependencia colosal que reposaba, en muchos casos, sobre el apoyo al fascismo en el tercer mundo. Justo cuando las políticas de la revolución verde se intensificaron en 1965, Estados Unidos invadió Vietnam del Sur y organizó un sangriento golpe de Estado en Indonesia. No es casual que ese mismo año los asesores científicos del presidente Johnson publicaran un primer informe sobre los peligros del cambio climático (La Casa Blanca, 1965).

Una vez más, se ve cómo el sistema de Westfalia y su lógica de hegemonía fue puesta en funcionamiento para blindar sus intereses. Es un rasgo inherente a esta estructura el hecho de que cada nuevo hegemón mundial –los holandeses, los británicos y, después, en el siglo xx, los estadounidenses– haya organizado las tramas de la vida del capitalismo de acuerdo con una lógica ecológico-mundial específica. Como resume Arrighi, cada nuevo hegemón ha desplegado "un dominio sin precedentes sobre los recursos humanos y naturales del mundo" (Arrighi, 2014: 261) persiguiendo, de esta manera, dos objetivos:

1. Aumentar el suministro total de los cuatro grandes insumos (fuerza de trabajo, alimentos, energía y materias primas) a los principales lugares de acumulación mundial;
2. Reducir la composición del valor de estos para que sean baratos. Ello indica que el sistema interestatal es cómplice del calentamiento global, sobre todo desde las últimas décadas de la hegemonía británica en una tendencia que se amplificó dramáticamente durante la Gran Aceleración liderada por los Estados Unidos.

Los sucesos de 1965 ponen así de relieve un nexo de crisis climática que marcó una época y que fue posibilitado por la hegemonía estadounidense: la globalización de la agricultura intensiva en carbono y la economía de guerra perenne. Juntas, tras 1965, la guerra y la agricultura emitirán más gases de efecto invernadero a la atmósfera que cualquier otra causa.

Hacia la gestión planetaria y el muro climático global

En este contexto, en la década de los sesenta surgió una nueva perspectiva. Se trata del ecologismo moderno, basado en traducir la visión del "gestor planetario" en una formación cultural popular, con una base demográfica en los estratos profesionales del primer mundo.

Se entiende por "gestión planetaria" una perspectiva que antes del siglo xx encontraba entre sus principales expresiones la gestión de los bosques, aunque después de la Segunda Guerra Mundial adquirirá el formato de "modelización de la dinámica de sistemas" de Jay W. Forrester, que conducirá a la famosa obra de 1972 *Los límites del crecimiento*. Se trata, por tanto, de una perspectiva de control (y supuesto cuidado) de la naturaleza funcional al sistema interestatal, liderada por las grandes potencias.

A las sucesivas "guerras de los Treinta Años" –que culminaron con los acuerdos de 1648, 1815 y 1945– le siguieron las grandes "luchas" imperialistas por la naturaleza barata y el establecimiento de nuevos regímenes mercantiles en las colonias. Hoy en día, una cosa queda clara: las condiciones geográficas para la supervivencia del capitalismo –la disponibilidad de la naturaleza barata– se han agotado. Esta condición sistémica anticipa, viendo la difícil activación de un nuevo impulso imperialista ante la crisis contemporánea (climática y económica), la inevitable ruptura del sistema de Westfalia.

En esta transición epocal, estamos asistiendo no solo a la ruptura de los mecanismos económicos básicos del capitalismo, sino también a un giro mundial hacia el autoritarismo etnonacional, como demuestran los gobiernos de Modi, Trump, Duterte, Bolsonaro, Orban o Erdogan, entre otros. Un llamativo resultado de este movimiento en los países más ricos –todos cuentan con importantes movimientos etnonacionalistas de derecha– es la construcción mundial de un "muro climático global".

Este hecho se refleja en el claro aumento sobre el gasto en seguridad fronteriza entre 2013 y 2018 en los centros imperialistas: Estados Unidos (34,3%), Alemania (35,6%), Gran Bretaña (30,5%), Francia (29,9%) y Australia (la friolera del 70,9%) (Miller *et al.,* 2021). Pero sobre todo quedó definitivamente claro cuando la presidenta de la Cámara de Representantes de Estados Unidos, Nancy Pelosi, dijo en las reuniones de la Conferencia de las Partes (COP) 26 de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático.

Salpicada por la legislación "antiterrorista", los movimientos etnonacionales, la militarización de las fronteras y el aumento extraordinario del estado de vigilancia inspirado por la COVID-19, la democracia liberal está mostrando claros signos de descomposición en el siglo XXI. La larga ola de democratización burguesa que comenzó con las revoluciones de 1848 está llegando a su fin. Y este hecho está directamente relacionado con el desarrollo de la crisis planetaria del capitalismo, fruto del exceso de capital excedente y de una espiral cada vez más imprevisible de acontecimientos climáticos (Moore, 2021a).

Desde el punto de vista de la historia del clima y de los regímenes internacionales en los que se inserta, lo siguiente sale a relucir. Al igual que en anteriores episodios de cambio climático desfavorable, la geopolítica actual está en proceso de cambio. No queda nada claro que vaya a surgir un nuevo hegemón. La aproximación más cercana al momento actual puede ser la ruptura de la *pax romanica* posterior al siglo IV, marcada por la supervivencia de formaciones imperiales en zonas comparativamente estables desde el punto de vista climático junto con la proliferación de Estados y ciudades-Estado mercantes. Cabe resaltar que esto no fue necesariamente algo malo. La "edad oscura" para las clases dirigentes de Roma fue una "edad de oro" para los campesinos, que florecieron en un mundo en el que el poder de los terratenientes y los Estados que los apoyaban se había derrumbado.

A diferencia de los albores del sistema westfaliano inducidos por el cambio climático, la crisis actual se desarrolla en una coyuntura sociofísica mucho más favorable para las clases productoras. Los rebeldes agrarios de los siglos XVI y XVII no tuvieron otra alternativa más que quemar los señoríos y frenar los peores excesos de un sistema violento y depredador. En cambio, las extraordinarias proletarizaciones del siglo pasado –y la historia de las revoluciones nacionalistas, anticoloniales y socialistas– han revelado la posibilidad de construcción de un orden mundial diferente, así como de una ecología-mundo alternativa. El inestable orden geopolítico actual no ha resuelto sus contradicciones, tan solo las ha desplazado. A diferencia de la guerra de los Treinta Años, que llevó a una cuarta parte de la humanidad a iniciar revoluciones de tipo socialista, la inestabilidad actual inquieta a un mundo fuertemente proletarizado que dispone de una notable capacidad –hasta ahora más latente que activa– para la solidaridad internacionalista. No hay que olvidar que todas las grandes crisis hegemónicas se han producido en medio de la ampliación de un poder campesino y proletario que ha extendido las formas de internacionalismo (Silver y Slater, 1999).

La crisis climática capitalógena no refuerza, como se supone comúnmente, al orden mundial, pues, al contrario, no para de abrir grietas en toda su estructura. La dinámica del etnonacionalismo de derechas, la militarización de las fronteras y la migración climática serán entendidas en las próximas décadas como los primeros signos de agotamiento de la coyuntura clima-ambiente-clase que pondrá fin al sistema westfaliano. Siguiendo a Marx, el mundo no es solo un campo de batalla para las grandes potencias, sino también para la lucha de clases, cuya capacidad para cambiar las relaciones geopolíticas y también el papel del llamado medioambiente en las relaciones internacionales es ilimitada.

Esperamos que el contexto histórico-político-ambiental que aquí hemos planteado sirva como guía para situar los contenidos de esta obra. Tanto las disputas teóricas en torno a la construcción del medioambiente en relaciones internacionales como la propia configuración de la gobernanza medioambiental global parten de un marco hegemónico que, si bien ha silenciado el fundamental rol de la naturaleza en la construcción del mundo, ha dependido, estructuralmente, de su apropiación. El cambio climático capitalógenico ha roto el consenso tácito del cartesianismo, obligándonos a mirar nuevamente hacia un medioambiente cuyos cambios se hacen cada día más patentes en la vida de las personas. El viejo orden muere y el nuevo está aún por nacer. Esperamos que esta obra sirva tanto para la comprensión de las relaciones internacionales contemporáneas como para estimular nuevos marcos que permitan construir un mundo más justo en harmonía con la naturaleza.